



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9269

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7,50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11,25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París, A. I. rente rue Gannartín, 61, y J. Jones, Esplanade-Montna-trail, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Win-chester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 21.

VIERNES 23 DE SEPTIEMBRE 1902.

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería.

Precios fijos. Entrada libre. Puerta de Murcia. Pasaje de Conesa.

CUENTOS LIGEROS

EL SEÑOR MINISTRO?

La escena pasa en el antedespacho de cualquier ministro.

Un portero pasea gravemente, o tumbando su galoneado uniforme.

El primer galtoniente aparece, y entre él y el portero se entabla el siguiente diálogo:

—¿El señor ministro?

El portero se detiene, examina con marcada impertinencia el aspecto poco lujoso del preguntante, y después continúa sus paseos.

—¿Podría ver al señor ministro?

Nueva parada del portero, pero muéstrase compasivo ahora, y se digna contestar desdeñosamente:

—Está ocupado.

—¿Esperaré.

El infeliz se sienta casi tímida-mente en uno de los bancos.

—¿Está su excelencia?—pregunta un caballero, que aparece en el umbral de la puerta.

—Está ocupado—contesta el can-cerbero de blanco.

—Haga el favor de pasarle recado.

—No puede ser—interrumpe des-póticamente.

—¿Pero hombre!...

—Espero si quiere.

El caballero hace un gesto, como diciendo: ¡paciencia! y se sienta.

Y como dicen que a mal dar, fumar tabaco, el individuo saca un cigarro y empieza a fumar, siguiendo con la vista las espirales de humo.

—¿El señor?...

—Está ocupado—anticípase a contestar el portero a otro señor que viene a engrosar el número de los aburridos.

—Deseaba verle para un asunto interesante.

—Pues ahora no puede ser.

—Me sentaré.

—Sí, espere usted sentado.

—Su excelencia no podrá recibir-me hoy tampoco, ¿verdad?

El que esto pregunta jovialmente es un tipo muy conocido.

Es el mismo que se ve en la Puerta del Sol en la calle de Sevilla, dispuesto a dar un sablazo al primero que se deje; es el eterno pretendiente.

Lleva una levita que en sus tiempos fue negra, pero ahora, efecto, sin duda del cepillo, se ha caído todo el pelo del paño, que tiene un

color pardo subido, que pasa de castaño oscuro.

El pantalón hallase todo roído, y las botas lucen el mismo color que la levita.

Un pañuelo de lanilla rodea su pescuezo, para ocultar quizás la ausencia total de la camisa.

El sombrero de copa, aunque des-trozadas sus cintas, está brillante; advinase al momento que algún paño mojado en agua ha estado en contacto con él.

—Cuando el señor ministro dejó de estar ocupado, avíseme. Voy a echar mi cotidiano suefiteo en el banco de la paciencia.

Los propósitos del césante resultan fallidos. Una numerosa comisión rural penetra en la habitación sombrero en mano, y el que la preside interroga al portero.

—No le pueden ver ustedes—responde éste, y luego añade la frase sacramental: «Está ocupado.»

Los comisionados deliberan y acuerdan por fin esperar. ¡Qué remedio les queda!

Vienen por una pobre vanda de un campesano, que es la comisión para sus tiernos hijos, dos ó tres curules de aldea y varios cesantes.

—¿Esperaré, pero en vano. El señor ministro no puede verlos. Está ocupado.

—¿Qué asunto importante es ese que le trae tan atarascado?—preguntarán mis lectores.

Si el portero les permitiera acercarse su oído a la puerta de la habitación donde se halla, unos sonoros ronquidos darían la contestación a su pregunta, y comprenderían la ocupación de su excelencia.

A. DE BARROS Y PEREZ.

EL AMOR Y LAS ARANAS.

Más que a su propia vida se querían Mariblanca y Juanillo. ¡Ya lo creo que se querían! Es decir, tengo por seguro que pudiera apostarse por el amor del chico mejor que por el de ella; aquél era, indudablemente, un cariño más sincero. Así lo decía al menos todo el mundo en Villazoquete, donde vivían ambos; Mariblanca, huérfana, con su anciana tía, que entretenía sus ociosos días hilando, y era una maravilla, porque efectivamente hilaba muy delgada, y Juanillo, con sus tres hermanos honrados y modestos labradores de dicha aldea.

Los chicos se conocieron desde la más tierna edad, y cuando ella se acercaba a los quince años, ya Juanillo cumplía los diez y ocho, y empezaba ya a tener el aspecto de un hombre, puesto que le asomaba el bozo, entrando, como es consiguiente, en el terreno de la formalidad y dando punto a los juegos infantiles.

En prueba de ello, sin darse cuenta Mariblanca, se miraba cada vez que Juanillo la miraba con alguna insistencia, y él bajaba la vista las más de las veces, ruborizado también al ver cambiar de color a su adorado tormento.

Así pasaron dos años, queriéndose con el alma y la vida, y todo iba a pedir de boca, contando siempre con la protección de la vieja, cuando vino a transfor-mar por completo aquel hermoso idilio la suerte de soldado que necesariamente tenía que sufrir Juanillo. En efecto, tres mozos de Villazoquete debían aquel año ir a servir al rey, y uno de ellos fue el novio de Mariblanca.

¡Cuántas lágrimas vertieron aquellas dos criaturas! Llegado el momento de partir, se dieron cita la noche anterior para hablar por la reja, y así lo hicieron, jurándose eterno amor; prometiendo escribirse todos los días, y por lo excepcional de las circunstancias, se atrevió Juanillo a pedirle un beso, que con gusto, aunque llena de rubor, le dio Mariblanca. Era el último recuerdo que la dejaba el nuevo soldado, bañado con una lágrima que no pudo contener al ver tan desolada a la dueña de su corazón.

Al día siguiente, y muy de madrugada salió del pueblo Juanillo con sus dos compañeros de armas.

Trabajo le costó a Mariblanca consolarse, pero las cartas del soldado y los consejos de su anciana tía mitigaron bastante su dolor. Los dos primeros meses ni un solo día dejó de contestar Mariblanca las cartas de su novio; pero éstos tan difícil la constancia en aquellos amores en que hay tierra de por medio, que no tardó mucho en contagiarse la novia de Juanillo, si bien éste, fiel a su palabra, no dejó un solo día de escribirle la consabida carta.

Si he de ser sincero, diré que no era la conducta de Mariblanca su anciana, quien no le parecía mal un solterón que frecuentaba la casa, caeque de aquella aldea y hombre que disponía de una labranza de seis pares de mulas. Desde que Juanillo se fue a ser soldado no regateaba D. Miguel, que así se llamaba el solterón, las visitas a casa de Mariblanca, y si en un día podía ir tres veces, procuraba no dejarlas en dos.

Hay que decir que la novia de Juanillo no podía ver ni en pintura a D. Miguel, y menos, desde que notó en él ciertas miraditas intencionadas y algunos cuchicheos con su tía, que la pusieron en guardia. Pero como la vieja profesaba of la escuela positivista, no la parecía tan mal D. Miguel, y comenzó a preparar el terreno para hacerle su sobrino. A todas horas hablaba a su sobrina de los méritos de D. Miguel, y tal fue su insistencia, que al cabo logró que declarase un día que no le iba pareciendo tan mal su pretendiente, y eso que en manera alguna lo cambiaría por su Juanillo.

En resumidas cuentas, que Mariblanca olvidó poco a poco a su Juanillo, se interrumpió entre ellos la correspondencia y transcurrió año y medio, tiempo suficiente para concertarse el matrimonio de Mariblanca y D. Miguel.

Pasó la luna de miel, llena para don Miguel de encantos, y aunque de vez en cuando dedicaba algún recuerdo a su pobre Juanillo, la recién casada no dejó de apolarse al carácter de D. Miguel, y me consta que hacían muy buenas migas. Los caprichos de Mariblanca eran mandatos para su esposo.

La tía no hay para qué decir que seguía hilando y cayéndose la baba al ver aquella pareja de tortolitos.

Un accidente funesto puso fin a aquel delicioso paraíso. D. Miguel cayó enfermo con una pulmonía aguda, y a los pocos días entregó su alma a Dios. Murió sin descendencia, y se apoderaron del capital sus hermanos, dejando a la pobre Mariblanca en la más espantosa situación, cuando apenas contaba dieciocho años.

Volvió del servicio de la armas Juanillo, y no tardó en ponerse al corriente de cuanto había ocurrido, pero no pudo contenerse y se decidió a ir a saludar a la ingrata Mariblanca, que tan impiamente había correspondido al inmenso cariño que la profesaba.

Estaban una tarde antes de anoche-

cer rezando el rosario la tía y la sobrina cuando llamaron a la puerta de la calle, y cual sería la sorpresa de Mariblanca, que se asomó a la ventana, al ver a su exnovio. Entró aceleradamente, comunicó a su tía la grata nueva, y salieron a abrirle la puerta recibiendo como lo hicieron con Jesús cuando entró en Jerusalén.

Pocas palabras se cruzaron entre ambos aquella tarde, pero sí las suficientes para que Juanillo anatematizase la conducta de su amada, y para que ésta se disculpase englosando la responsabilidad a su tía.

Menudearon las visitas, y resolvió Juanillo, perdonando la ingratitud de Mariblanca en gracia a lo mucho que la quería, ser el digno reemplazo de don Miguel.

Así se lo dijo a la viuda, pero antes quiso cerciorarse de si en efecto ella obró al casarse, impulsada por su tía ó lo hizo de motu proprio?

—¿A qué no conservas—la dijo,—ningún recuerdo mío... ni una sola carta?

—¿Que no?—contestó Mariblanca—te vas a convencer. Espérame unos minutos, y te enseñaré la caja que tú me regalaste, donde guardo todas tus cosas.

A los pocos instantes apareció en la sala la viudita, con un cofre debajo del brazo, que mugrienta y agrietada guardó la caja delante de Juanillo para enseñarle sus regalitos y... ¡oh desencanto! allí no había más que arañas, residuos orgánicos de ratón y papeles hechos harina.

Mariblanca dió un grito de espanto, y Juanillo, de un salto se puso en la puerta de la calle sin saludar a nadie: No necesitó más pruebas del cariño de su Mariblanca.

Las arañas le dijeron cuanto deseaba saber.

Así están el mundo y las mujeres. ALVARGON.

Así están el mundo y las mujeres.

Si se declaran modesto ó modesta, ó modisto ú modista ¡pobres de ellos!

Necesita, para que los contemporáneos le consideren, que se evalúe el mismo.

Siempre hay cortesanos de la vanidad.

Las asociaciones humanitarias de socorros mutuos, hacen el resto.

—No sé lo que sé, dice, entre aburrido y cargado, de espaldas; no de ciencia; un pedante.

Efectivamente, nada sabe.

Pero no falta en el coro otro más tonto que él, y que buscando la reciproca, le abraza diciendo:

—Usted es la gloria de nuestra nación.

—Un The Byron—apunta atro.

—¿Si este hombre hubiera nacido en París!

—¿Ah, sería un parisién completo!... ¿Y cómo hablaría! ¡Qué corrección!

Esta buena fe general conserva las divisiones de castas.

Habrán observado ustedes que hay familias de genio y nebulosas de sabios.

Fuera de esas familias ó de esas nebulosas, nadie tiene sentido común, ni vergüenza ni remota.

Repasando la historia de D. Antonio, por ejemplo, se gúerue loco cualquier

¿Cómo se habrá arreglado para salir tan pronto tan pocos años?

¿Qué es la vida de un hombre, mirese como se mire, para tantos conocimientos?

Se trata de la censura de algún libro presentado a la Academia de Valverde... y Chueca.

D. Antonio es el que emite el dictamen, ó se le inspira a Mariano Catalina.

Que hay convocatoria para un monumento artístico.

La Academia de Bellas Artes emudece ante el fallo de D. Antonio.

Lo mismo entiende en lo civil que en lo militar, y en lo artístico que en lo científico, y en lo industrial que en el problema social.

La última medida artística indicada por el jefe de los conservadores revela un gusto desconocido hasta ahora.

La Cibéles, Neptuno y la fuente de las Cuatro Estaciones formarán en orden de parada en el salón del Prado.

Cuando pase revista el Presidente del Consejo, dirá para sí:

—Esto recuerda el Prater, Hyde Park y la glorieta de Cuenca.

Los que nacen para individuos de juntas directivas y miembros de jurado internacional, no pueden librarse, aun cuando quisieran, de esa distinción.

Así tienen Uds. a los acosados Rada y Delgado y Fatigati y... unos cuantos que no salen de vocales.

En todas las juntas directivas y comités y sociedades anónimas encontrarán Uds. algunos nombres.

EDUARDO DEL PALACIO.

VARIEDADES

EFEMÉRIDES HISTÓRICAS

23 DE SEPTIEMBRE DE 1366.

El príncipe de Gales ofrece restablecer en el trono a D. Pedro I de Castilla.

El enojo de D. Enrique de Trastámara, el hermano bastardo de D. Pedro I de Castilla, al no verse en posesión de los principales cargos del reino, tradújose

